

El ritual de la ducha

Como acostumbraba, Fabiola fue la primera en despertar en toda la casa. Junto a la tenue luz de la luna, se escabulló con movimientos finos hasta el baño para no despertar a su esposo, José. Sus calmados pero eficientes gestos para preparar la ducha denotaban lo habituada que estaba a ser el motor de su numerosa familia en cada mañana. Fabiola ni bien dejó deslizar el agua sobre su cuerpo robusto, cuando, guiada por un afán impropio de ella, se dispuso a asear apresuradamente, como si estuviese tratando de acabar con esa tarea lo más pronto posible. Habiendo terminado de acicalarse agresivamente, volvió en sí misma y notó por primera vez la calidez de la brisa del agua que la abrazaba. Suspiró aliviada y trenzando sus manos sobre su vientre, saludó al que dentro de unos meses sería su noveno hijo. Dejó que las pequeñas gotas cayeran directamente sobre su abdomen y mediante sutiles caricias y susurros le llamó a despertarse. No fue sorprendente para Fabiola, que en ese mismo instante empezara a sentir pequeños golpes emanando desde adentro suyo, pues, este breve pero valioso momento de intimidad con su pequeño era una costumbre recurrente en ella, casi como si fuera un ritual sagrado en todas sus mañanas. Cada patada que ella sentía, la hacía entrar cada vez más profundamente en un estado de calma y amor, le daba la impresión de que ese instante se dilatara para siempre y que no existía nada en el mundo a parte de ella y ese suave palpitir rítmico que le nacía de adentro. Su devoción por ese momento era inquebrantable.

Fabiola salió del baño en el preciso momento en el que José se preparaba para entrar, no se dirigieron la palabra y ella, aún envuelta en sus ensoñaciones, siguió a la habitación. Se sentó en el borde de la cama, aún cubierta por la densa oscuridad. Cerró los ojos un par de segundos y como si hubiese sido golpeada por el peso de la realidad, se puso de pie en un salto. Estuvo parada un instante junto al armario y se nutrió de la energía que obtuvo de su reciente encuentro en el baño y asintió con su cabeza, decidida a poner en marcha las actividades del hogar. Se dirigió a la cocina y rápidamente el silencio sepulcral que imperaba en la casa empezó a ser opacado por el desfile de sus hijos entrando y saliendo del baño. La mayor de todos, María, fue la primera en levantar cabeza y se encargó del cuidado del hijo menor, un bebé hermoso de tres años. El resto fue detrás de ellos, algunos cantando y otros riendo, pero siempre estaban las peleas fraternales que confirmaban su hermandad. Como todas las mañanas, Fabiola preparó el tinto de José y se aseguró cuidadosamente de echarle las dos cucharadas de azúcar que el señor exigía en su bebida, lo dejó sobre la mesita de madera junto a las dos estufas y continuó haciendo el desayuno. Tuvo listos los diez platos con una fascinante rapidez, eran huevos acompañados de sus arepas aclamadas en el barrio. Fabiola, con ayuda de María llevó los platos al comedor, donde todos, excepto el ermitaño de la cocina, se sentaron a compartir la comida. José se sentó en la silla solitaria de la mesita de madera con notable mal humor y probó su tinto. Satisfecho de que estuviera exactamente como le gustaba, su cara adoptó un semblante menos agresivo, semblante que se perdería en el vaivén entre las páginas de su periódico y el desayuno.

El momento del desayuno representaba perfectamente los matices de la familia. Los hijos demostraban sin pudor sus personalidades, era una mezcla de niños peleando entre sí, otros regañando a los que eran muy molestos y algunos abstraídos de la conversación, en definitiva, era una mesa tan caótica como puede esperarse de una familia tan grande. Fabiola, sentada en el extremo de la mesa, también hacía gala de sus rasgos. Tan silenciosa como imponente, se encargaba de su hijo menor. Siempre trataba con distancia a sus hijos y normalmente solo les dirigía la palabra cuando era necesario, se caracterizaba por ser tosca con ellos, pero justa, no había castigo que no estuviera justificado. Los ocho hijos que en ese momento se sentaban junto a ella habían aprendido a encontrar la calidez de su madre bajo su frialdad aparente, ella velaba por su bienestar y eso era suficiente para ellos. Recluido en la cocina, José también actuaba conforme a sí mismo, siempre ajeno y con indiferencia a los

demás. No se podía decir que José fuera agresivo con sus hijos, sin embargo, estos le tenían un profundo respeto inspirado por el miedo, era peor para ellos que su padre demostrara un silencio perpetuo que si de vez en cuando estallara en regaños y sermones. Su mirada hacia sus hijos nunca reflejaba odio, pero si les generaba la impresión de que no los distinguía de entre los demás y que si le preguntaran a su padre cual era el nombre de ellos, no lo recordaría.

Pasaron los minutos, y el recordatorio constante del reloj que estaba en la pared detrás del comedor empezó a tener efecto. Sin ser advertido, José fue el primero en salir a su trabajo. Luego, los seis hijos que aún iban al colegio fueron saliendo de la casa en turnos. Finalmente, Fabiola quedó en casa con el hijo menor y con María, sacó de la nevera las arepas que tan buena reputación tenían y le entregó una canasta llena de estas a María, su trabajo diario era vender las arepas de su madre en el barrio. Sabiéndose sola en el hogar, únicamente acompañada del bebé, Fabiola por fin se sintió dueña de sí misma. Este momento, en donde podía ser ama y señora de su tiempo, en donde tenía libertad para cultivar su arte, era sin duda, junto al ritual del baño, el momento que más disfrutaba de sus días, era lo que le daba la alegría que toda alma necesita para seguir adelante. Sin esperar, llevó el coche del niño a la biblioteca del hogar. Era una habitación pequeña con un escritorio metálico de un par de cajones, dos muebles que soportaban libros y cerámicas blancas regadas por todos los lugares. Fabiola trajo la grabadora y puso un disco con sus canciones favoritas y empezó a pintar unas cerámicas. Era un trabajo artesanal que requería de una gran precisión, ella usaba esta actividad para tranquilizar su mente antes de lo que sería su pasión verdadera, la poesía. Fabiola era una lectora voraz, tenía una sensibilidad especial por las novelas de amor y de misterio, pero sin duda su debilidad eran los poetas colombianos. Su espíritu no se sentía saciado únicamente leyendo, lo que eventualmente la llevó a escribir. Estaba trabajando en un poemario que empezó cuando se enteró de su embarazo y estaba a punto de acabarlo, sabía que era el día perfecto para terminarlo así que, sacó una botella de aguardiente, su libreta de notas y un lápiz, se sirvió solo un trago como precaución con el bebé y se dejó absorber completamente por sus páginas.

Pasaron muchas horas de trabajo frenético en su obra, quería hacer solo un poema más y sentía que las ideas fluían mejor que nunca, así que no era hora de parar. De un momento a otro, inesperadamente, llegaron sus hijos del colegio y en seguida María con la canasta de arepas vacía. La llegada de sus hijos anunciaba que pronto llegaría José, esto alarmó a Fabiola, pues, habiendo perdido la noción del tiempo, no había preparado la cena para su familia. Rápidamente, regresó a la cocina y presa de los nervios, alistó todo con movimientos torpes. El pánico se apoderó de ella cuando sintió el sonido de unas llaves moviendo el cerrojo de la puerta, era José. Él caminó lentamente hasta la mesita de madera, se sentó y notó que sobre los tablones no se encontraba su cena, pero al menos estaba su tinto. Fabiola fue el único ser capaz de notar el leve cambio en el rostro de José que demostraba su creciente ira. José probó su tinto y sintió un desagrado indescriptible, el demonio que habitaba detrás de sus ojos posó su mirada sobre Fabiola y no la apartó de nuevo. Su error había sido olvidar las dos cucharadas de azúcar en el tinto de José. Sus hijos escucharon la golpiza que sufrió Fabiola desde el comedor.

Fabiola no acompañó la mesa de sus hijos en la cena y el silencio pesado que en la mañana había sido extinto por la algarabía de los niños, esta vez no pudo ser aplacado. En la mañana siguiente Fabiola, sintiéndose vacía, buscó reconfortarse con su ritual tan amado de la bañera. No pudo evitar el llanto ahogado apenas sintió el gotear sobre su cuerpo y esta vez sin asearse, buscó tan pronto como pudo, consuelo en su vientre, saludó a su hijo, lo acarició y lo que el día anterior fueron susurros, en ese momento eran gritos de desesperación. Las alegres patadas de su hijo, que todos los días habían llegado sin falta, nunca volvieron a ser sentidas por Fabiola.